

EL PSICOANÁLISIS Y LA GUERRA*

Néstor A. Braunstein**

¿QUIÉN se atrevería a contabilizar las imágenes, analogías y metáforas guerreras utilizadas por Freud en sus escritos? Se trata evidentemente de las repercusiones en su lenguaje de un *Zeitgeist* habitado por los fantasmas de la contienda, de la conquista, de las alianzas, de las ocupaciones territoriales. Hasta el ajedrez ha servido para poner a la guerra en el psicoanálisis. Más aún, podríamos decir que el nombre mismo del fundador de nuestra práctica, ese que él se dio eliminando una sílaba, es un nombre belicoso: el de la boca (*Mund*) que profiere la victoria (*Sieg*).

Tampoco nos habremos de sorprender cuando observemos que la entrada de Freud en el psicoanálisis está marcada por un primer concepto clínico que define a las condiciones proclives a su método de tratamiento: son *psiconeurosis de defensa* (*Abwehr-Psychoneurosen*) en una expresión que nos parece transparente en las lenguas que no sean la alemana, pues estamos habituados a decir *defensa* en una vasta variedad de sentidos. La palabra *Wehr* significa ya *defensa* y el prefijo *ab* refuerza ese sentido a punto tal que *Abwehr* podría traducirse como *rechazo*. De todos modos y en cualquier lengua estamos acostumbrados ya al eufemismo que, por ser la guerra algo que supuestamente es condenable desde el punto de vista moral, ha transformado a los ministerios de la Guerra en ministerios de Defensa. Cuestión de maquillaje. En la lógica de este vocabulario los tan mentados *mecanismos de defensa* del psicoanálisis son *Abwehrmechanismen*, literalmente, mecanismos de rechazo. Y no muy lejana es la concepción que hace del análisis un método de ataque a la enfermedad que pone en marcha

* Este trabajo es una versión considerablemente modificada y ampliada de otro previo, *War and defense in Psychoanalysis*, presentado en la Universidad de Columbia, Nueva York, en febrero de 1993.

** Director académico del Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos.

esos mecanismos de defensa, razón por la cual hay que pensar en la táctica y en la estrategia de las maniobras técnicas para someter a las neurosis movilizándolo a los batallones transferenciales contra la energía de las resistencias del enemigo.

Si vamos por más terminología bélica (¿o se trata solamente del espíritu de la lengua alemana?) en Freud, veremos que la experiencia que pone término a la *indefensión* infantil es la experiencia de satisfacción, que en alemán resulta ser *Befriedigungserlebnis*. Allí la raíz de la palabra es *Fried, paz*, el antónimo de la guerra. Es como *apaciguamiento* que sería más correcto traducir el término.

Y no está mal. Freud es un hijo de Bismarck, de Krupp y de Francisco José. Esos nombres encarnaban la realidad de la cultura de su tiempo y ¿por qué no? de todos los tiempos. El psicoanálisis se abre un espacio en el campo de la cultura tanto por lo que aporta sobre la pulsión sexual como por lo que descubre con la pulsión de muerte. Y es bien sabido que la cultura pudo asimilar, por cierto que deformando, las tesis sobre la sexualidad y el Edipo. Pero es la propuesta de Tánatos la que fue desde el primer momento la prueba de resistencia o de aceptación del psicoanálisis. Tánatos, más que Edipo, es hoy el *shibboleth* de la imperdonable ciencia de Freud.

Sabemos que el sujeto resulta de una lucha (la guerra, siempre la guerra, la única guerra sin archivos ni memoria que conoce la humanidad, así decía Louis Althusser), lucha larga y sórdida en que su goce corporal es usurpado por las imposiciones y regulaciones del Otro. Sabemos también que el goce renunciado tan a contragusto no deja de reclamar sus reivindicaciones y, a través de ciertos representantes pulsionales, de reaparecer en el campo de batalla que es la subjetividad. Represión y retorno de lo reprimido aprovechando el debilitamiento de las defensas como sucede de manera muy característica en el sueño. Hay adentro de cada uno territorios extranjeros que amenazan con insubordinarse y escapar a los mecanismos de protección que se supone han de tenerlos sojuzgados. La pulsión ataca desde dentro, la realidad (el Otro) desde fuera y el superyó desde siempre.

Vivir es estar preparado para responder a los imprevisibles ataques que saldrían desde cualquier flanco. El asedio es constante, diurno y nocturno. Pearl Harbor siempre será posible. Para

cada Pearl Harbor ha de haber un Hiroshima. La defensa tiene que estar siempre lista aunque los costos del sistema sean exorbitantes y sus resultados paradójicos, pues los combates se exacerbaban en cuanto aumentan las medidas para prevenirlos: *Toda guardia tiene el rostro de la guerra* (Montaigne). Es la *coraza caracterológica* de Reich. Coraza y corazón del ser.

Así es la neurosis, la neurosis necesaria, la que permite el acceso a una vida humana y la que constituye su mayor estorbo. Cabe repetir una lección quizás ya conocida; hay que decir que el sujeto no se produce por un proceso natural de evolución sino que debe ser arrancado a los significantes del deseo de la madre por la interposición del Nombre del Padre en función metafórica. Ésa es una represión originaria, la del deseo materno, que deja una cicatriz fecunda gracias a la cual se constituye el sujeto de la Ley, efecto de una lucha en la que él es, por adelantado, el botín. El efecto consiguiente es que el sujeto así producido ha de pasar por la castración, esto es, renunciar a ser el falo para poder tenerlo o no tenerlo, en todo caso desearlo, sometiendo las aspiraciones pulsionales, las aspiraciones al goce del cuerpo, a las demandas que provienen del Otro. El neurótico, es decir, el hombre y la mujer cualquiera, han pasado por esta castración simbólica sin la cual no habría acceso al lenguaje pero, en su fantasma, la niegan, se figuran que la castración es lo que el Otro les demanda, y pretenden proteger su integridad imaginaria erigiendo la vana estatua de un Yo fuerte con su vasta panoplia de mecanismos de defensa, de *Abwehrmechanismen*. ¿*Abwehr*, defensa, en qué guerra sino en la que transcurre entre el goce del ser y el goce del Otro, esa guerra siempre soterrada que se mantiene después del armisticio impuesto por la castración y cuyo residuo, cuya herencia, es el superyó freudiano? La tregua se alcanza por la vía de un goce intermedio, el goce fálico, que incluye al sujeto en el orden simbólico imponiéndole el precio de la renuncia pulsional, de la *Triebverzicht*. La paz que se alcanza después de la represión es precaria. Los demonios acechan, asedian, quieren regresar. La topología freudiana no es la tranquila y matemática del doctor Lacan sino la del campo de batalla del general von Clausewitz.

El Yo, a su vez, está sometido a los ideales del Yo que proceden de su identificación con ese Otro que regula, desde dentro del sujeto, la relación de él con la Ley, con la Patria, con la tradi-

ción, con la organización edípica familiar. Dios, Patria y Hogar es el lema que, variantes más, variantes menos, esgrimen todas las organizaciones políticas reaccionarias. Al sujeto se le promete la *pacificación pulsional* a cambio de erigir al Padre y a sus emblemas como límite y como horizonte del deseo. Si no se cumple con este requisito, es la *guerra* en el doble frente, interior, para protegerse de los asaltos pulsionales, y exterior, con los sistemas represivos institucionalizados en cada sociedad.

Pero Lacan observaba que la función del Padre (de su Nombre) es *pacifiant* (pacificadora) lo que no tranquiliza, pues homofónicamente es *pas si fiant* (no tan de fiar). En efecto, la calma traída por las defensas, y especialmente de la reina de ellas, la represión, no augura nada bueno, pues, ya se sabe, lo reprimido retorna y cobra sus cuotas de inhibición, síntoma y angustia.

La *defensa* del neurótico en esta *guerra* en la que indefectiblemente ha de participar consiste en someterse a la Demanda del Otro, constituyendo a ese Otro como lugar del saber (supuesto), a diferencia del perverso que pretende apropiarse de ese saber para Yo y a diferencia del psicótico que no puede defenderse del saber del Otro que le resulta extraño e invasor.

¿Qué [me] quiere el Otro? La respuesta que da el común de los mortales es: la obediencia, la sumisión, el sacrificio, la entrega generosa, la renuncia al deseo, la constancia de la identidad, del decir ¡*Presente!* cada vez que se es convocado. El Otro me quiere... *soldado* (*sold, soldered, soldier, solid, consolidated, linked to the soil, soiled, solemn, not insolent*) (*a sueldo, soldado al suelo, sólido, solemne, solito, no insólito ni insolente*). Soldado a la patria, soldado de la patria.

La Patria, el clan, el tótem, el Dios verdadero, el común estilo de vida, los bienes compartidos. La guerra es siempre defensa de estos valores y combate contra lo que los amenaza. Sólo en sentido figurado podría hablarse de guerras en el reino animal. Aun habiendo sociedades, la guerra no es sino asunto de culturas; los combatientes se reúnen en torno a emblemas, a significantes que toman el valor de absolutos y que comandan, dado el caso, la inmolación de la propia vida. Morir por la Patria, esto es, dar la vida por un significante. Y ese significante está representado por un objeto sagrado: un texto, una enseña, un pedazo de territorio, una imagen revestida de absoluto. Si la sublimación consiste

en la elevación de un objeto a la dignidad de la Cosa, la actividad de la guerra nos da de ella una idea ejemplar.

El gato no es el enemigo del ratón. La enemistad es invención humana, invención de alguien que *sabe* que el Otro existe y está también habitado por el odio y por la envidia. Él no está lleno de sí mismo, está marcado por faltas y su deseo no es coincidente sino concurrencial con el nuestro. Con él podremos llegar a un acuerdo en lo simbólico en lo referente a la relación entre los deseos de cada uno. Esa es la Ley, el derecho, el Estado, la Sociedad de las Naciones.

Nuestro Occidente no necesitó de Freud para llegar a saberlo. Platón, en *Las Leyes*, ya planteaba que cada ciudad está en guerra con otra ciudad, cada aldea con otra aldea, cada familia con otra familia, cada individuo con otro individuo y cada individuo, a su vez, está en guerra consigo mismo. "Por eso el legislador tenía los ojos puestos en la guerra cuando estableció todas nuestras instituciones públicas y privadas". Y Hobbes hacía necesario al *Leviatán* del Estado para poner fin al estado natural del hombre que es el de la guerra de todos contra todos. Por cierto que ésta no es una idea aceptada universalmente y que contra ella se erige la cristiano-rousseauiano-marxista que nos habla(n) con nostalgia de una armonía originaria perdida y de los modos de recuperarla. Nietzsche, como siempre, es quien da en el clavo cuando habla de la "hemiplejía de la virtud" que resulta de sostener la antítesis en lugar de la profunda unidad del bien y del mal.

Bien se comprende la aspiración de los optimistas a un fin de las guerras. Pero ellos confunden el deseo, regido por el principio del placer, y el goce que está más allá de él. Entre los goces enemigos no puede haber sino treguas precarias. Los deseos pueden hacerse conmensurables, los goces son inconmensurables. La renuncia de uno a su goce no tiene común medida con ninguna renuncia hecha por el otro. Es por eso que Freud era pesimista y que Lacan pronosticaba la acentuación progresiva de las barreras de segregación como correlato de esa universalización a la que nos conduce la ciencia. A medida que la palabra y la imagen circulan sin trabas, el aislamiento de las comunidades alrededor de sus modos específicos de gozar y de diferenciarse del goce de sus vecinos se incrementa. Por eso es que a los lacanianos no nos toma por sorpresa el fortalecimiento de los fundamentalismos. El

nacionalismo, aunque sea triste decirlo, es la religión sin ateos en la tierra.

No sobra aquí el advertir contra cualquier pretensión de que la guerra pudiese ser un objeto del psicoanálisis. La guerra es un acontecimiento historicopolítico y es una *conducta* adoptada y declarada por un grupo sociocultural contra otro. Y el psicoanálisis no se ocupa de tales entidades. Lo que sí se analiza es la relación que existe entre la subjetividad de alguien y los modos (discursivos, sobra decirlo) en que él o ella se relacionan con esas conductas actuadas en lo individual o en lo grupal. No se trata pues de explicar o de intervenir acabando con las guerras o de decidir cómo habrán de prevenirse. Pero, a la vez, en tanto que el psicoanálisis demuestra que el sujeto lo es del significante y del deseo inconsciente, no puede dejar de ocuparse de la relación del sujeto con el Otro, con el Otro que demanda de él una plena identificación y el sacrificio, y con el Otro del Otro que es el enemigo una vez que la identificación del sujeto con los emblemas de su grupo social se ha producido.

Ésta es quizás la única pregunta válida para el psicoanalista en el tema: ¿qué es de la subjetividad en la guerra (los combatientes), ante la guerra (los espectadores del *show* bélico de nuestro tiempo), en las víctimas, en los victimarios, en los veteranos, tal como se expresa en la experiencia analítica?

Aquí es donde reencontramos lo que dijimos en el punto de partida: la guerra impregna el vocabulario y, por ende, la práctica del psicoanálisis. Si así sucede es porque la guerra tan sólo escenifica la condición permanente del ser humano en tanto que súbdito del lenguaje. En la tradición freudiana se ha preferido a veces el eufemismo "conflicto" y la metapsicología en sus tres dimensiones clásicas (tópica, dinámica y económica) se ordena en torno a esa noción. Y la guerra, la lucha, aparece siempre que se habla de la relación del sujeto con el Otro: guerra entre los sexos, entre las generaciones, entre las razas, entre las naciones, entre las clases, digámoslo con una palabra que abarca lo que está en juego en todas esas especificaciones: guerra y lucha entre los goces. Y así nos vemos llevados rápidamente a reconocer que la guerra contra el goce está instaurada en el interior del sujeto desde el momento mismo de su reconocimiento especular, en la mirada envenenada que recae sobre el hermano conlactáneo en la

observación de Agustín de Hipona, en todas las manifestaciones de la agresividad como correlato de la tensión narcisista, en las fantasías de flagelación y castigo, en la fascinación ejercida por el héroe de las hazañas hercúleas pero más aún en el hechizo provocado por la posición de la víctima.

En eso es que ni Freud ni Lacan podían ser optimistas, si bien el primero se confesaba pacifista (aunque mal no sea por razones estéticas) mientras que el segundo no dejaba de coincidir con otros muchos al afirmar que "la guerra es la comadrona obligada de todos los progresos de nuestra organización". En el mismo y temprano artículo (*La agresividad en psicoanálisis*) establecía como dificultad algo que los avances en la técnica han allanado de modo insospechado. Preconizaba allí Lacan que la guerra se muestra demasiado exigente para sujetos que deberían ser cada vez más neutros en el ejercicio de la agresividad, pues en ese ejercicio el patetismo es indeseable. En la guerra computarizada de hoy ese ideal de apatía parece al alcance de la mano. La escisión subjetiva es irrelevante en quien ejerce la crueldad pero resulta devastadora para las víctimas. El vencedor en la guerra contemporánea no es quien se identifica con el sufrimiento de su otro, sino quien oprime friamente los botones que llevan la destrucción a blancos sin rostro definidos en las fotografías tomadas desde los satélites y luego cuantifica los porcentajes de destrucción alcanzados en referencia a la meta prevista. El verdugo sadiano es apático porque se identifica con el objeto y no con la víctima. Él toma el lugar del instrumento que le permite cumplir con la tarea de hacer aparecer la escisión en la subjetividad del otro: nada le llega al látigo del dolor que inflige. Identificarse con el látigo y borrar al sujeto es el ideal de la guerra de nuestro tiempo. La guerra cambia su naturaleza al hacerse cargo de ella el ingeniero cibernético. El cuerpo a cuerpo de las batallas antiguas implicaba el goce de los combatientes. Ahora no hay otros goces que el goce sacrificial de víctimas destinadas al sufrimiento y el goce del espectáculo telefilmado y disfrutado en el coliseo de la propia habitación.

No es compatible con la ética del psicoanálisis la condena en abstracto de la guerra aun cuando cada psicoanalista pueda ser pacifista si lo prefiere. Freud jamás tuvo la ingenuidad de criticar a la pulsión de muerte que había postulado. La negatividad no requiere que se la condene como si fuese negativa. Hegel, con su

negación de la negación, lo sabía bien. Freud impugnó en los términos más severos a las ideologías basadas en el amor al prójimo. (Véase *El malestar en la cultura* de 1930). Contrariamente a lo que querría leer Fromm, no se contradijo en la carta a Einstein de tres años después, cuando indicaba que ese mandamiento de amar al semejante es más fácil de enunciar que de cumplir o, en otras palabras, que es de cumplimiento imposible.

Se considera de buen gusto que nos digamos y nos pensemos como pacifistas pero el amor por la guerra está infiltrado en nuestro ser y en nuestra cultura. No sería difícil escribir apologías de la guerra y es fácil encontrarlas en todo autor que seriamente se ha aproximado al tema. La atribución de la conducta belicosa a la "animalidad" del hombre se hace en desmedro de los animales que jamás emprendieron ninguna guerra. Es tan ridículo como pensar que las perversiones sexuales son manifestaciones de la animalidad de los instintos. Y en cuanto a la historia, está demostrado que tanto la frecuencia como la crueldad y los desastres que provocan las guerras van aumentando conforme se incrementa el saber de los que participan en ellas. La devastación bélica no es directamente proporcional al salvajismo sino al saber científico.

La guerra es una forma del vínculo social y, por lo tanto, es un hecho de discurso. Es la forma suprema de participación en la empresa de la cultura, pues confronta como ninguna otra experiencia con el límite de la muerte. El peligro se corporiza en el exterior, en la tierra, el mar y el aire. El frente interno se pacifica, la lucha con la pulsión se opacifica y hasta recibe una canalización aceptable. La culpa se descarga del sujeto y se racionaliza como culpa del Otro, del enemigo y su oscura aspiración a un goce maldito. La venganza contra el mal real o imaginario justifica todas las descargas agresivas. El enemigo tiene potencialmente una cara salvadora: rescata del autismo, del aburrimiento en la vida cotidiana, de la violencia interior y con los próximos. Hay que pensar en la lección que nos enseñara ese profesor universitario que, al iniciarse la guerra del Golfo, se movilizó con energía para que sus colegas firmasen un manifiesto en favor de la suspensión inmediata de los ataques aéreos y la vuelta a la mesa de negociaciones y que, al volver a su casa, golpeó con saña a su esposa en el más intenso de los ataques de celos que jamás tuvo.

Y hay que decir que la guerra implica goce, un goce hecho bajo

las banderas del Padre y por lo tanto un goce fálico, semiótico, del significante. No en vano se señala que las mujeres jamás han ido a la guerra por su cuenta. Las Amazonas no pasan de ser un mito y un fantasma masculino. La única verdadera heroína en cuanto a la guerra es la Lisístrata de Aristófanes, que organiza la guerra de las mujeres que reclaman por su goce femenino en oposición al goce fálico de los hombres que se matan entre ellos dejándolas en una forzada castidad. Lo interesante de la comedia es que el arma que esgrimen de modo decisivo en su batalla es la privación del sexo, con lo costoso que también a ellas les resulta, para obligar a los hombres a realizar su propia renuncia. Lisístrata sabía bien que ellos no tenían otro falo que sus mujeres y los hace renunciar al goce bélico con la amenaza de castración. Con lo cual los hombres no alcanzarán el Otro goce pero por lo menos dejarán de privarlas a ellas del suyo.

El ejercicio de la violencia guerrera se hace siempre en torno a significantes comunitarios. Pero es un hecho que en la guerra el neurótico alcanza siempre una certidumbre respecto de lo que el Otro quiere de él. El goce resulta abanderado por los emblemas del Otro, se hace goce del significante, las culpas superyoicas se pacifican, la Causa exige la renuncia al deseo singular, la obediencia pasa a ser la virtud dominante, el enemigo toma forma en el exterior y la acción contra él es justificada porque hay que defenderse o porque hay que vengar un perjuicio anterior, y si hay algo difícil de entender es que el enemigo quiera realizar sobre nosotros, tan buenos, lo que nosotros quisiéramos hacer con él.

Freud no dejó de reconocer el *Lust* (aquí traduciríamos por *goce*) de agredir y destruir (en la carta a Einstein). En *El malestar en la cultura*, hablando de la pulsión de muerte, decía de ella que "aún donde emerge sin propósito sexual, incluso en la más ciega furia destructiva, es imposible desconocer que su satisfacción se enlaza con un goce narcisista extraordinariamente elevado" (subrayado mío, aquí sí Freud escribe *Genuss* y no *Lust*; *Genuss* es el vocablo alemán más próximo al francés *jouissance* aportado por Lacan). El ejercicio de la destrucción es un goce. Esto lo sabe el más elemental observador de la conducta infantil, por lo menos en lo que hace a los niños que se ubican del lado "hombre" en relación con la sexuación. Que la paz sea mejor que la guerra es algo que los niños tienen que aprender del Otro; no es lo que ellos

piensan espontáneamente. El toma y daca de los fantasmas de flagelación se conecta con el fondo *unheimlich*, *ungehuer*, con lo *deinótaton* del segundo coro de la *Antígona* de Sófocles. Es en eso que el hombre es lo más pavoroso. Su núcleo es esa Cosa *éxtima* definida por Lacan en su seminario sobre la ética, lo más íntimo que es a su vez exterior. El prójimo no es amable por cuanto quiere de mí lo que yo quería de él. Por ahí se abrió camino Lacan en la vía del psicoanálisis, descubriendo en el estadio del espejo una tensión en el límite de lo insoportable entre el sujeto y su propia imagen especular, descubriendo que no hay solidaridad, soldadura, entre el cuerpo vivido en su fragmentación y la imagen de la unidad corporal tal como aparece en el espejo y que es la que el Otro tiene ante nuestros ojos. La relación es de exclusión: o él o yo. El me desgarró. Es por eso que la agresividad es el correlato de la tensión narcisística. Todos Caínes, todos Abeles.

Los deseos, ya lo dijimos, pueden hacerse computables y compatibilizables sobre la base de mutuas renunciadas a partir de ideales compartidos. Los goces, todo eso a lo que se renuncia al someterse a la Ley del deseo, persisten en reclamar una satisfacción que el Otro no puede dar y al que hay que arrancársela. Pero ese Otro está animado por la misma pulsión. Hacia adentro y hacia afuera se impone la defensa. Nada más peligroso que el semejante, el igual a mí, de quien debo diferenciarme estableciendo y reivindicando cualquier *pequeña diferencia* que sirva de base para la afirmación de mi yo en oposición al del otro. El *narcisismo* es, más que el amor del yo al yo, el amor a esa pequeña diferencia, el amor al propio delirio y al propio síntoma que es más fuerte que el amor a uno mismo. Freud afirmó en la *Metapsicología* la primacía del odio sobre el amor y luego completó su terrible descubrimiento al afirmar que el primer objeto de ese odio no era el otro sino el propio sujeto: *masoquismo primario* lo llamó. O guerra contra sí mismo, melancolía, o guerra contra el Otro, paranoia. Entre una destrucción y la otra. "A raíz de la hostilidad primaria y recíproca de los seres humanos, la sociedad culta se encuentra bajo una permanente amenaza de disolución".¹

Sobre el filo de la navaja.

¹ Sigmund Freud, *Obras completas*, t. 21. Trad. de J. L. Etcheverry. Buenos Aires, Amorrortu, p. 109.